

Fundamentos teológicos y pastorales de la nueva evangelización

Álvaro Cadavid Duque*

Sumario

El concilio Vaticano II con su deseo de renovación, ha generado una nueva actitud y un nuevo dinamismo eclesial, con alcances realmente “nuevos” y “novedosos” a todos los niveles, tanto en el ser como en la misión eclesial. Esta nueva actitud y ese nuevo dinamismo eclesial, han sido acogidos y desarrollados de una manera especial por las cuatro últimas Conferencias Generales del episcopado latinoamericano y caribeño, articulándolos en un nuevo proyecto pastoral que ha recibido el nombre de “nueva evangelización”. El autor se propone encontrar en los documentos conclusivos de dichas Conferencias los elementos históricos, pastorales,

* Estudios de pregrado en Filosofía y Teología en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín. Licenciado en Filosofía y Ciencias religiosas por la Universidad Santo Tomás de Bogotá. Licenciado Canónico en Teología Fundamental por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Doctor en Teología por la Pontificia Facultad de Teología de Granada-España.

El artículo aquí presentado corresponde a la conferencia que el autor presentara en el encuentro de Obispos Latinoamericanos realizado del 27 al 30 de julio del presente año como preparación para participar en el próximo Sínodo sobre la Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana.



teológicos y espirituales que dan fundamento al nuevo proyecto, a la vez que lo reclaman y exigen.

Palabras clave: Evangelización, Nueva Evangelización, Iglesia, Magisterio latinoamericano, Desafíos pastorales.

Theological and Pastoral Foundations for New Evangelization

Abstract

The Second Vatican Council, with its desire for renewal, has unleashed a new awareness and a new ecclesial dynamism with far reaching results which are both “new” and “novel” at all levels both in the identity and mission of the Church. This new awareness and ecclesial dynamism has been received and developed in a special way by the General Conferences of the Bishops of Latin America and the Caribbean in a new pastoral project called “New Evangelization”. The author finds in the concluding documents of these Conferences, both the historical, pastoral, theological and spiritual elements that provide the foundation of this new project which in turn demands these underpinnings.

Key words: Evangelization, New Evangelization, Church, Latin American Magisterium, Pastoral Challenges.



Introducción

Es indudable que detrás de todo lo que hoy se denomina con el nombre de “nueva evangelización” se encuentra el ambicioso proyecto de renovación eclesial pretendido por el concilio Vaticano II con el deseo de poner al día a la Iglesia, en su ser y en su quehacer, frente a lo que para ella representaban los desafíos, uno venido del exterior, la nueva cultura científica y humanística propuesta por la modernidad, y, otros, surgidos en su propio seno, el cisma de oriente y la reforma luterana.

La modernidad, cargada de un profundo antropocentrismo filosófico y cultural y de una comprensión científica del mundo, que había revolucionado la comprensión de la realidad total, interpretándola a través de unas categorías nuevas y dinámicas, provenientes de la misma ciencia naciente, de la fenomenología, del historicismo, del evolucionismo y del personalismo, desafiaba a la Iglesia a salir de los estrechos límites impuestos por unas concepciones ya esclerotizadas, ligadas a un onto-teologismo fijista, cosificante, extrínsecista y determinista, en las que se movía desde siglos atrás y que la incapacitaban para realizar una misión que tocara real y profundamente la matriz cultural de un mundo marcado por nuevas comprensiones de la realidad.

El cisma de oriente y la reforma luterana, con sus fuertes acentos pneumatológicos y una comprensión eclesiológica que colocaba el énfasis en el pueblo de Dios como elemento central de su constitución, desafiaban a una Iglesia que, desde hacía ya rato, se autocomprendía prioritariamente desde sus estructuras externas y desde su constitución jerárquica, dejando a la sombra su realidad interior y misteriosa procedente de la vida intratrinitaria que debería fluir en ella.

Como respuesta a esos desafíos, el Concilio Vaticano II se propuso realizar una profunda renovación eclesial con respecto a la compren-



sión que ella tenía de sí misma y de su misión. A partir del Concilio, todo está marcado en la Iglesia por un espíritu de “novedad”. Fue ese espíritu de “aggiornamento” el que dirigió toda la reflexión conciliar, por voluntad expresa de su convocante, el Papa Juan XXIII, y fue ese mismo espíritu el que impregnó mayoritariamente sus constituciones, declaraciones y decretos.

Correspondió, luego, a los Papas del postconcilio, poner en marcha ese espíritu de renovación. Pablo VI -a quien le tocó la conclusión del Concilio y dar los primeros pasos en la nueva dirección-, Juan Pablo II -que en los 26 años de su pontificado se preocupó por clarificar sus alcances y desarrollar su potencial renovador-, y, ahora, Benedicto XVI -que con insistencia vuelve sobre ella-, han dedicado su magisterio y su ministerio a realizar esta tarea, generando un proyecto nuevo de acción pastoral, una actitud y un talante eclesial en sintonía con el Concilio, que ha recibido el nombre de “nueva evangelización”. Se ha llegado a decir que ella es, precisamente, el fruto más maduro producido por el espíritu renovador del Vaticano II.

Quien por primera vez utilizó la expresión “nueva evangelización”¹, en el sentido de poner pastoralmente en marcha la renovación propuesta por el Concilio, fue el Papa Juan Pablo II en Puerto Príncipe-Haití en el año 1983, y luego, en 1984, en Santo Domingo-República Dominicana, hizo de nuevo alusión a ella al proponerla como un proyecto para la Iglesia universal, certificando, al mismo tiempo, que ella ya había comenzado en América Latina y el Caribe con las conferencias de Medellín y Puebla. También el Papa Benedicto XVI hizo un reconocimiento similar cuando en la Misa de inauguración de Aparecida, el 13 de mayo de 2007, dirigiéndose a los obispos del Continente reunidos para la V Conferencia General, les dijo: “El Papa Juan Pablo II os convocó para una nueva evangelización y vosotros respondisteis a su llamada con la generosidad y el compromiso que os caracteriza”.

¹ La expresión, como tal, apareció empleada en los documentos conclusivos de Medellín y Puebla, pero en sentido propio fue el Papa Juan Pablo II el primero en utilizarla, y fue él mismo quien de manera especial desarrolló su significado. Ahora, el Papa Benedicto XVI, consciente de su urgencia y necesidad, la ha retomado como proyecto, como actitud y como dinamismo propio de la Iglesia, y con la finalidad de promoverla, creó en el 2010 el Pontificio Consejo para la promoción de la nueva evangelización, y, luego, convocó, a los pocos días, el sínodo que se ocupará de este tema.

Ciertamente, en el camino que va de Medellín a Aparecida, como aplicación y actualización permanente de la novedad conciliar, y como respuesta a los desafíos de los tiempos nuevos desde esa nueva mentalidad que otorga el Concilio a quien se acoge a su espíritu renovador, se fue generando paulatinamente en nuestro Continente una nueva actitud eclesial y un nuevo dinamismo pastoral y evangelizador con alcances realmente “novedosos”. A esto es lo que en nuestro Continente se denomina como “nueva evangelización”².

Para el logro de este cambio de perspectiva, los obispos del Continente en sus Conferencias, por una parte, han tenido que irse deshaciendo de unos marcos teológicos y antropológicos de interpretación de Dios, del hombre y del mundo bastante reducidos y limitados, que ya habían sido superados por las nuevas comprensiones de la revelación y de la sagrada Escritura derivados de los nuevos estudios bíblicos y exegéticos, así como también por las nuevas comprensiones del mundo y del hombre facilitadas por las nuevas filosofías; y, por otro lado, han tenido que romper paulatinamente con un modelo de Iglesia y de pastoral ya envejecido, que había debilitado la vivencia de la fe y le había hecho perder relevancia a la misma Iglesia. En este sentido, la nueva evangelización se plantea como todo un desafío histórico y pastoral.

Esa nueva evangelización, según lo muestran los mismos documentos conclusivos de las conferencias, por ser “nueva” no puede jamás inventarse un nuevo evangelio, y, más bien, tiene que volver siempre su mirada a Jesucristo, la antigua y nunca envejecida novedad, que constituye su fundamento y su invaluable riqueza. Allí encontrará la Iglesia el talante espiritual que la hará capaz de responder con

² Haciéndose eco del deseo del Papa Juan Pablo II, que la propuso como tema para la IV Conferencia del Episcopado de América Latina y el Caribe, fue el documento de Santo Domingo el que la oficializó como un proyecto para la Iglesia del Continente. Hay que resaltar que aunque en la mentalidad del Papa Juan Pablo II la nueva evangelización era un proyecto para la Iglesia Universal, es claro que en la Iglesia de cada continente adquiere connotaciones y acentos propios en razón de la naturaleza misma de lo que ella significa y en razón de la diversidad histórica, social y cultural de los lugares en los que se realiza. A partir de Santo Domingo, y hasta hoy, la literatura teológica y pastoral en el Continente ha sido bastante prolija ahondando en el tema y en la variedad de sus perspectivas (abundante bibliografía sobre la nueva evangelización en el post-Santo Domingo se encuentra en Cadavid Duque, Alvaro. Hacer creíble el anuncio cristiano en América Latina, CELAM, Santafé de Bogotá 1998).



fidelidad a los desafíos pastorales que le impone la situación actual. Desde esta perspectiva, la nueva evangelización aparece como un desafío teológico y espiritual.

Nos proponemos, desde lo que se ha ido gestando en América Latina y el Caribe a través de las cuatro últimas conferencias generales del episcopado, descubrir los elementos históricos, pastorales, teológicos y espirituales que reclaman y dan razón de la urgente y permanente necesidad de emprender la acuciante tarea de revitalizar la fe de los creyentes de una manera nueva y, que, a su vez, se presente como una propuesta atractiva y creíble para los indiferentes y hasta para los no creyentes. Estas cuatro perspectivas nos permitirán precisar mejor el significado y el contenido de lo que se quiere decir cuando se habla de “nueva evangelización”³.

La nueva evangelización: un desafío histórico

Cuando algo envejece en la Iglesia y en su acción pastoral, y, por ende, en la tarea evangelizadora, quien termina perdiendo actualidad y vigencia es el Evangelio, y, por supuesto, la Iglesia misma como comunidad de fe, no por culpa del Evangelio como tal, sino por responsabilidad de la Iglesia como encargada toda ella del testimonio y del anuncio de Jesús.

¿Qué es lo que se ha envejecido en la Iglesia y en su acción pastoral? Es esta la pregunta que hay que responder en cada momento histórico con esa mentalidad nueva y ese espíritu nuevo con el que el Vaticano II quiso dotar a la Iglesia de hoy. Si somos fieles a ese espíritu, encontraremos por doquier, a nivel interno y externo, síntomas y signos de ese envejecimiento.

A nivel interno, en el campo de la vivencia misma de la fe, son muchas las cosas que se han ido envejeciendo y deteriorando, al punto de hacerse totalmente irrelevantes, o, al menos, poco significativas. Señalamos algunas:

³ Omitimos las constantes referencias a los documentos conclusivos de las Conferencias de Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida. Se pueden ver las referencias en CADAVID DUQUE, ALVARO. *La Nueva Evangelización. Itinerario, identidad y características a partir del Magisterio Episcopal Latinoamericano*, CELAM, Bogotá 2012.

- Hay que reconocer que la fe se ha estado realizando bajo formas y estructuras que ya no atraen al hombre de hoy, puesto que el sentido de Dios y de la trascendencia que se espera encontrar en las experiencias de la fe se ha ido diluyendo en esas mismas formas y estructuras. Pareciera que se pone más énfasis en la pertenencia y vinculación a la estructura externa de la Iglesia que a la fuerza y al dinamismo interno del misterio.
- El predominio de lo doctrinal y conceptual, expresado, además, con categorías ya casi que incomprensibles, ha llevado al oscurecimiento de la experiencia vital de la fe.
- Se vive un cristianismo muchas veces reducido a una mera religiosidad difusa, de poca convicción, poca profundidad y poca formación.
- Es un cristianismo que crea pocos lazos de fraternidad y comunión, acentuando lo espiritual e intimista de la fe, en detrimento de la esencia comunitaria y del compromiso social de la misma.
- Se tiene poco espíritu misionero, y el testimonio de vida de los bautizados no es lo que debería ser.

En el ámbito pastoral nos encontramos con no pocos elementos que revelan que nos estamos dirigiendo a unos destinatarios que ya no existen o que, como mínimo, estamos fomentando prácticas que ya solo alimentan una fe de rutina o una religiosidad poco evangélica. Indicamos algunas de las características y consecuencias más notables de este tipo de pastoral:

- Es una pastoral decididamente clericalista, que cuando no excluye a los fieles laicos, termina por considerarlos como meros ayudantes de la acción central de la jerarquía o sujetos pasivos de la misma.
- Es una pastoral que manifiesta poco ardor evangelizador y poca convicción en la tarea.
- Es notorio el uso de métodos y de lenguajes ya incomprensibles, o, por lo menos, parciales y limitados, que no alcanzan a expresar



ni a comunicar la experiencia de la fe en el lenguaje total de la vida.

- Privilegia y se da más importancia a lo secundario y accesorio que a lo fundamental y esencial.
- Piensa que las necesidades de la salvación son siempre las mismas en cualquier lugar y época, desconociendo que en los diversos lugares y momentos históricos aparecen situaciones nuevas necesitadas de redención.
- Se ha puesto poco interés en implementar verdaderos procesos pastorales y en formar de una manera sistemática, sólida y profunda a los cristianos, lo que ha contribuido a mantener un cierto analfabetismo religioso y a que el Evangelio no alcance a impregnar el corazón de las personas y de las culturas.
- Se coloca demasiado énfasis en lo ritual y en lo sacramental, resaltando, además, con fuerza, algunos aspectos legales y jurídicos de los mismos, desvirtuando, así, el carácter celebrativo, expresivo y gratuito de las realidades profundas de la fe. Ritos y sacramentos no son ya lugares de encuentro entre Dios y el hombre, sino espacios de magia y superstición.
- Es una pastoral que pone tanta fuerza en lo moral, que termina por hacer ver a la Iglesia como una mera agencia de ética y valores, oscureciendo la gratuidad de la salvación y haciendo perder fuerza de atracción a la alegría de creer.

A nivel externo, en las últimas décadas, asistimos a fenómenos, algunos nuevos, y otros antiguos, pero con características nuevas, que hacen más difícil la trasmisión de la fe y que desafían seriamente los alcances de una evangelización ya envejecida: por un lado, el secularismo, el nihilismo, el relativismo, el hedonismo y la indiferencia religiosa, junto al fenómeno de las diversas ofertas religiosas y pseudo-religiosas a la carta y al gusto de los consumidores ya desencantados del cristianismo y de la misma Iglesia. Por otro lado, se encuentra la situación de los pobres y excluidos, que cada día se profundiza más,

junto al tema de la diversidad cultural, hoy acompañada del fenómeno de la globalización económica y cultural.

Lo interno y lo externo ha ocasionado una crisis tanto en la vivencia de la fe como en la tarea evangelizadora. Crisis que solo la ignoran quienes se han instalado en un cómodo tradicionalismo de ritos, formas, doctrinas y prácticas pastorales, con el convencimiento o la ilusión de que como lo hecho por siglos había funcionado, así mismo tendría que funcionar siempre. Otros, palpan la crisis, pero, por un sentimiento de impotencia o de incapacidad, se refugian en las prácticas de una cierta religiosidad que, de alguna manera, hace creer que todo está bien.

En este contexto de crisis y de envejecimiento en el modo de vivir la fe y de realizar la acción pastoral emerge con total seriedad la cuestión de la nueva evangelización. Así lo vislumbraron las conferencias generales de nuestro episcopado, e igualmente lo había percibido el Papa Juan Pablo II, y ahora, de la misma manera, lo siente el Papa Benedicto XVI. Para unos y otros, la cuestión última que subyace en el tema de una nueva evangelización se podría plantear en los siguientes términos: ¿Es posible entusiasmar al hombre de hoy, dígase bautizado o no, por el Evangelio? En caso afirmativo, ¿con qué tipo de vivencias?, ¿con qué formas de organización eclesial?, ¿con qué estructuras?, ¿con qué medios?, con qué métodos?, ¿con qué lenguajes? Son estas las preocupaciones más hondas en toda la cuestión en torno a nueva evangelización.

Una primera respuesta a estas inquietudes aparece cuando se abre la posibilidad de una vivencia nueva y de una comprensión nueva de la experiencia de la fe. Esta experiencia debe hacerse desde una renovación de la misma imagen de Dios, del mundo, de la historia y del hombre. Es imposible pretender un cambio pastoral si primero no examinamos la manera como estamos pensando e interpretando la fe en cuestiones tan importantes como la imagen de Dios, la inteligencia de su Palabra, el concepto de revelación, la persona de Jesús, el sentido de la historia donde ese Dios se revela y la comprensión del mundo donde realizamos el camino de la fe. Inevitablemente la interpretación que hacemos de estas realidades se refleja en nuestras acciones pastorales.



El Concilio y los documentos conclusivos de las cuatro últimas conferencias del episcopado latinoamericano y caribeño han ofrecido suficientes luces para lograr una nueva comprensión de la fe. Indicamos algunas de ellas:

- Superar una imagen estática, esencialista, dualista y determinista que se tenía de las realidades que hemos mencionado es condición para que se realice una vivencia más viva y profunda de la fe y para que se pueda asumir el proyecto de una nueva evangelización.
- Acoger la historicidad y el carácter dialogal de la revelación y la autocomunicación gratuita y graciosa del ser de Dios a través de su hijo Jesucristo.
- Comprender la historicidad del hombre, la capacidad que él tiene para construir la propia historia de manera autónoma y su apertura a la revelación de Dios.
- Abrirse a una comprensión unitaria de la historia, en la que no coexisten de forma paralela dos historias, la del hombre y la de Dios, sino una única historia en la que desde dentro brota la salvación de Dios. En este sentido, ya no caben dualismos entre creación y salvación, entre la fe y la historia, entre el Evangelio y la vida.
- No es posible seguir concibiendo la fe de una manera privada, pietista, individualista y estática, como si ella fuera una superestructura al margen o paralela a la vida o la acción humana, o como si ella fuese una mera confesión verbal que nada tuviera que ver con el desarrollo de la historia. Ella es entendida ahora como una realidad dinámica que posee una clara dimensión social, práxica y transformadora de la misma historia.

Los anteriores elementos, comprendidos de una manera nueva, son los que permitirán entrar en una nueva dinámica en la vivencia de la fe y en el anuncio de la misma. Allí donde no se operan estos cambios, aunque la evangelización se revista de un aparente ropaje de novedad, no habrá nunca una nueva pastoral, pues ésta no es otra

cosa que la expresión práctica de la forma como interpretamos la fe. No hay que hacerse ilusiones, sin un cambio de mentalidad teológica no podrá realizarse una nueva evangelización. Sería como pretender echar “vino nuevo” en “odres viejos”.

Una segunda respuesta a los interrogantes enunciados surge cuando se acata el llamado a la conversión personal, comunitaria y pastoral de la Iglesia como otra condición sin la cual no se realizará una nueva evangelización. Y es que para que un cambio pastoral sea realmente significativo, es necesario implicar, al mismo tiempo, personas, estructuras y métodos. Si alguna de estas tres realidades permanece intocable, no se operará nunca un cambio pastoral. En este sentido, son claros los documentos conclusivos de la Conferencias del episcopado latinoamericano y caribeño al expresar que dicha conversión debe tocarlo todo y a todos: en la conciencia y en la praxis personal y comunitaria, en las relaciones que se establezcan, en las actitudes, en el estilo, y en los planes pastorales, con la intención de renovar la vivencia de la fe y las estructuras ya caducas que no favorecen el encuentro con Cristo. Se trata, entonces, no de hacer cosas nuevas, sino de renovarlo todo -personas, estructuras y formas pastorales-, para impulsar procesos globales, orgánicos y planificados de pastoral, que faciliten, por una parte, elevar la calidad de la vivencia de la fe y el deseo de una formación seria y profunda, y, por otra, una integración de todo el Pueblo de Dios en sus carismas y ministerios, en el que los sujetos de la evangelización ya no serían sólo los clérigos, sino toda la comunidad eclesial que la asume con nuevo vigor y entusiasmo misionero.

Lo anterior remite a una eclesiología nueva como fundamento de una nueva evangelización. La eclesiología que anima una conversión, concebida en estos términos, es la eclesiología conciliar de pueblo de Dios en comunión, en la que, en la vivencia concreta de la fraternidad comunitaria, fluye y corre la comunión intratrinitaria, y en la que se reconoce la igual dignidad de todos los bautizados desde su común participación en el único sacerdocio de Cristo, con diversidad de carismas, servicios y ministerios, todos ellos integrados, en mutua interdependencia y al servicio de la construcción del Reino de Dios. Eclesiología ésta que, llevada hasta las últimas consecuencias, reclama la creación de pequeñas comunidades, vivas, dinámicas y misioneras,



con un especial protagonismo de los fieles laicos, hombre y mujer, en la doble tarea de construir la sociedad, como su campo propio y específico, y de participar activamente en la acción misionera, en la planificación pastoral y en la toma de decisiones eclesiales⁴.

Solo la vivencia y realización de una Iglesia de seguidores discipulares de Jesús, que realizan su fe vivencialmente en pequeñas comunidades, haciendo de ellas verdaderas casas y escuelas de comunión discipular y misionera, -como ícono de la Trinidad santa-, será el signo visible de una nueva evangelización. Esta es la razón por lo que hay que revisarlo todo en la Iglesia y someterlo todo a un proceso profundo de conversión, de tal manera que sus estructuras transparenten al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, y se coloquen al servicio de su revelación siempre permanente y actual. Es necesario que la Iglesia, como comunidad realmente fraterna, irradie a Jesús para que, reavivando la fe de los bautizados, facilite que ese Jesús, que está ahí, sea experimentado en su ser y en su actuar salvífico. La Iglesia no puede seguir trasluciendo a sí misma, o aparecer ante el mundo preocupada más por exhibir su organización, sus estructuras externas, y hasta su propia “política” intraeclesial, por encima del fluir comunitario como experiencia viva del amor trinitario en ella. Una Iglesia que se olvida de la trascendencia o la oscurece, colocando a la sombra a Jesucristo, será vista por los hombres, más como una institución mundana, que como una experiencia que los vincula vital y existencialmente con el Dios de Jesús.

Desde esta perspectiva, lo que se propone tiene alcances realmente nuevos: desechar una imagen de Dios que no se corresponda plenamente con la revelada por Jesús -renovación teologal-, superar un modelo de Iglesia ya esclerotizado -renovación eclesial-, y abandonar una evangelización ya envejecida -renovación pastoral-, sin buscar ningún tipo de componendas ni convivencias ni con formulaciones ni con tradiciones ni con estructuras ni con métodos que ya no favorezcan el encuentro personal y comunitario con el Señor, reorientando toda la

⁴ En nuestro Continente se han dado cita tres formas incompletas y parciales de entender a la Iglesia y su misión. Ellas inciden y se ven reflejadas en la acción pastoral: unas, bastante clericales, institucionales y centralistas; otras, fuertemente espiritualistas, tradicionalistas y desencarnadas de la vida; y, otras, demasiado centradas en lo temporal y en el activismo social. Unas y otras excluyen importantes valores y dimensiones que siempre deben estar presentes como notas de una auténtica eclesialidad.

energía hacia la recuperación del dinamismo propio de la fe, hacia a la búsqueda de modelos nuevos de Iglesia y de evangelización, y hacia la instauración de procesos pastorales y misioneros que respondan, de una manera más adecuada, a los nuevos signos de los tiempos presentes en el mundo y en el Continente.

Una experiencia de la fe que se ajuste a la experiencia original de la misma, junto a una realización de la Iglesia y de la pastoral que integre los valores revelados por Jesús en su ministerio, se presentarán ante el mundo como una oferta atractiva de plenitud, de libertad y de vida. En la medida en que los hombres experimenten vida en plenitud en su experiencia de Dios, a través de Jesucristo, y ofrecida por la Iglesia en comunidades vivas y dinámicas, profundamente acogedoras, fraternas, incluyentes y misioneras, en esa misma medida podrán abrir más fácilmente su corazón a la fe⁵.

La nueva evangelización: un desafío pastoral

La Iglesia del Continente, a través de sus cuatro últimas conferencias, se ha hecho consciente de que su acción pastoral solo será eficaz si responde a las situaciones concretas vividas por el hombre contemporáneo para ofrecerle la fe como elemento iluminador.

Como situaciones más notables que, desde Medellín a Aparecida, desafían a la Iglesia de América Latina y el Caribe, invitándola a una nueva evangelización, se indican, por una parte, las realidades trágicas de injusticia, desigualdad social, pobreza, violencia, exclusión y marginación y, por otra, la diversidad cultural del Continente junto a la misma crisis cultural, que alcanza proporciones insospechadas. Desde esta perspectiva es lícito decir que si la evangelización es siempre la tarea de la Iglesia, la nueva evangelización se refiere a las circunstancias históricas y culturales en las que ella se realiza. Será la atención a estas realidades, y la respuesta pastoral nueva que a ellas se quiera dar, lo que permitirá otorgarle la característica de “nueva” a la evangelización.

⁵ La propuesta de Aparecida, con la llamada Misión Continental, no es otra cosa que la realización y puesta en marcha, de forma real y permanente, de este proyecto de renovación teológica, eclesial y pastoral que pretende romper, de una vez por todas, con modelos ya envejecidos de fe, de Iglesia, y de evangelización.



Podemos, entonces, considerar que, desde Medellín a Aparecida, la “novedad” en la evangelización estaría dada como resultado del nuevo diálogo de la Iglesia con las nuevas necesidades histórico-sociales y culturales de los hombres y mujeres del Continente, captadas como “signos de los tiempos”, comprendidos éstos en sentido pastoral y teológico. Desde esta perspectiva, la evangelización será nueva, por una parte, en la medida en que ella sepa promover la dignidad del hombre latinoamericano y caribeño, especialmente de los más pobres y excluidos, en todo aquello que la amenaza y, por otra, será también nueva en la medida en que sea capaz de mediar la experiencia cristiana en cada uno de los diversos contextos socio-culturales de nuestros pueblos, facilitando, así mismo, que los hombres y mujeres que viven en cada una de las culturas del Continente, logren asumir, vivir y expresar su fe cristiana de una manera creativa desde sus propias culturas. Novedad en el ardor, en el método y en las expresiones serán los requerimientos apropiados y básicos para emprender esta doble tarea.

Estas dos dimensiones ya forman parte constitutiva de la evangelización en el Continente, y, sin ellas, la evangelización no podría ser considerada como “nueva”. De la promoción humana se dice que es dimensión privilegiada de la nueva evangelización, y de la inculturación se afirma que es centro, medio y objetivo de la misma.

Importante es notar que la admisión de estas dos dimensiones al interior de la evangelización no se hace por motivos meramente coyunturales, pues para que ellas entraran a hacer parte integral de la tarea evangelizadora, la reflexión de los obispos adujo, en sus documentos conclusivos, razones de tipo antropológico, teológico, cristológico, pneumatológico, mariológico, y escatológico, para la promoción humana; y para la inculturación, se asentó ésta en los misterios de Navidad, Pascua y Pentecostés.

En este contexto de la promoción humana y de la inculturación del Evangelio, de Medellín a Aparecida, la acción pastoral ha tenido como principio inspirador, que debe permear todos los programas y proyectos pastorales, la opción por los pobres y excluidos. A esta opción le han dado los obispos en sus documentos una densidad teológica y cristológica sin igual, al radicarla en el interior del misterio de Dios y en la vida histórica de Jesús. Precisamente, ha sido esta opción

la que le ha dado, y seguirá dándole, un rostro muy propio y original a la Iglesia del Continente.

Para atender estas dos dimensiones de la evangelización, la Iglesia ha incursionado en las culturas indígenas y afro-descendientes por su carácter de marginación y exclusión, y también se ha ocupado permanentemente de campos tales como la educación, la cultura, la ciencia y la tecnología, el trabajo, la tierra, la ecología y el medio ambiente, la economía, la política, el fenómeno migratorio, las distintas tradiciones y grupos religiosos, el diálogo ecuménico e interreligioso, y las realidades de la familia, los niños, la mujer, los ancianos, y los enfermos. Estos grupos humanos y espacios quieren ser atendidos con criterios también “nuevos”, proponiéndose la creación de una cultura de la solidaridad y de la vida en estos lugares y dimensiones de la vida personal y social, como el objetivo final a lograr en la nueva evangelización y uno de los signos más creíbles de la misma.

La nueva evangelización: un desafío teológico

El adjetivo “nuevo” es frecuentemente usado en el Nuevo Testamento para designar el don escatológico de Dios que hace nuevas todas las cosas. A partir de Jesús se lee toda la acción salvífica de Dios con categorías de novedad; Jesús es el “vino nuevo” (Mc 14,25ss) que exige una nueva actitud en quien lo sigue: el cumplimiento del mandamiento nuevo (Jn 13,34). La acción de Dios en Cristo es calificada de “nueva alianza” (Lc 22,20; 1 Cor 11,25); la meta de la revelación y del actuar salvífico de Dios, así como la misma acción de Dios desde dentro del hombre para hacerlo nuevo, gracias a la fuerza del Espíritu, es llamada “nueva creación” (2 Cor 5,17; Ef 4,23ss; Gál 6,15; Col 3,9). Ella nos hace nuevos, desde ahora, como anticipación de lo que seremos en la consumación. Esa consumación se describe como un “cielo nuevo y una tierra nueva”, como una “nueva Jerusalén” (Ap 21,5ss).

De esta manera, “lo nuevo” aparece siempre en el Nuevo Testamento en términos de salvación y esperanza para los hombres: se trata de un deseo intenso de aquello que está en el origen del proyecto de Dios y que el pecado de la humanidad impidió que se realizara; esperanza de que Dios realizará plenamente la promesa de algo “nuevo”, lo cual exige, en la perspectiva bíblica, conversión, cambio



de mentalidad, abrirse a la novedad de Dios y prestar atención a los “signos de los tiempos”. Así, entonces, “lo nuevo” es, a partir de Jesús, el atributo primordial de lo totalmente maravilloso del actuar de Dios que el fin de los tiempos trae consigo.

Ahora bien, si la realidad que hoy se vive es nueva, y si la leemos como una señal nueva de Dios, -signo de los tiempos en sentido teológico-, ella se convierte en un llamado para que los hombres se nutran de nuevo de la revelación de Dios ocurrida en plenitud radicalmente nueva en la persona e historia de Jesús de Nazaret, y siempre viva, en su permanente y novedosa actualidad, gracias a la acción de su Espíritu. Frente al desafío de los nuevos tiempos compete, entonces, la tarea de ir, como discípulos del Señor, a la “inescrutable riqueza de Cristo” (cf. Ef 3, 8), que no agota ninguna época ni cultura ni situación, para enriquecernos de Él y buscar en Él la reserva de sentido que permita tomar un impulso nuevo para afrontar las preguntas de los tiempos nuevos. Jesús es el “Evangelio del Padre” que se ha revelado en la historia como expresión del amor eterno de Dios por la humanidad. De ese amor revelado y encarnado, que es Evangelio en sentido propio, “se pueden sacar luces nuevas para los problemas nuevos”.

La nueva evangelización no propone, pues, un nuevo Evangelio. Su contenido sigue siendo siempre el mismo: Jesucristo, novedad permanente de cualquier evangelización. Él, no envejece, y siempre que se anuncie su persona, su nombre, sus palabras, sus acciones y su misterio pascual, Él será novedoso en todo tiempo y lugar. Toda evangelización, antigua o nueva, no tiene una tarea distinta que proclamar esa “antigua novedad” que es Jesucristo, “salvación de Dios en la historia, revelación perfecta del Padre y realización de la promesas del Reino, con el cual se identifica totalmente”. Este fue el contenido de la “primerísima evangelización” y es condición de toda evangelización en cualquier época. La proclamación y vivencia existencial de “Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre”, ha sido, es, y seguirá siendo el hilo conductor y el elemento unificador de toda evangelización.

Este contenido de la evangelización no puede reducirse a una mera doctrina, por bien formulada y verdadera que ella sea, sino que, ante todo, es una experiencia y un acontecer en la vida de las personas. Por esta razón, será tarea de la nueva evangelización crear las

condiciones de posibilidad para que los hombres de hoy se encuentren vitalmente con Jesucristo. En este sentido, será condición para recobrar hoy la “novedad” de la evangelización, rescatar la primera vitalidad, la eficacia original y la fascinación escondida en la Buena Nueva de siempre, y esto sólo se hace favoreciendo, a través de nuevos tipos de vivencia, formas, estructuras y lenguajes un encuentro personal con Jesucristo, e iniciando un camino discipular que lleve al conocimiento vital, existencial y amoroso de su persona, en el que se experimente la plenitud de vida que sólo Él otorga a quien lo sigue y se hace su discípulo.

Así, entonces, la nueva evangelización está encaminada a auspiciar, con un “nuevo ardor”, el reencuentro con Jesús y la gran tradición generada por él y sus discípulos, abandonando algunas costumbres, maneras y formas de vivir y comunicar la fe que aún hoy conservamos, que quizás fueron importantes y significativas en otro momento histórico, pero que ya hoy son caducas y poco relevantes, y, como tales, llegan a impedir la experiencia del encuentro vital con el misterio total de su persona.

La nueva evangelización: un desafío espiritual

Los tres últimos Papas han señalado de diversas maneras que la incoherencia entre la fe y la vida es uno de los grandes dramas de nuestro tiempo. Igualmente, los obispos de nuestro Continente en sus cuatro últimas conferencias, han indicado, en la misma dirección, que la incoherencia entre la fe y la vida es en sí misma un escándalo y es, a su vez, causa de las mayores injusticias y desigualdades sociales, desvirtuándose, de esta manera, la autenticidad de la evangelización. Por esta razón, urge la vivencia de una espiritualidad nueva que sea capaz de romper con dicha incoherencia.

Desde esta perspectiva, la exigencia de una novedad en la evangelización no viene sólo de fuera, del contraste con un tipo de evangelización ya envejecida, o de los reclamos de las nuevas situaciones sociales y culturales captadas como signos de los tiempos, sino, también, de un reclamo venido desde el interior mismo de la fe: de la incoherencia entre lo que decimos creer y la manera como vivimos. Es tan importante este elemento de la coherencia entre la fe



y la vida que, en las cuatro últimas conferencias, se convierte, aunque no se diga explícitamente, en el criterio evaluador de una auténtica evangelización.

El requerimiento de la coherencia de la vida con lo que se dice creer hace que la “novedad” de la evangelización no haga referencia solo a aspectos de carácter meramente operativo o metodológico, o a la creación de nuevos programas pastorales, por novedosos e importantes que ellos puedan ser, sino a la exigencia interior del testimonio de las obras emanadas de una vida configurada con el Evangelio, lo cual supone el encuentro con Jesús, asumir su estilo de vida, aprender de él, realizar sus mismas obras, compartir su misión y su mismo destino, y transparentar su mismo amor compasivo por aquellos más pobres, marginados y excluidos de la sociedad; en una palabra, será el camino del seguimiento discipular, configurando la vida con el maestro y con su estilo, lo que revelará testimonialmente a propios y “extraños” la maravillosa novedad que Jesucristo constituye para todo hombre.

Esta es la espiritualidad que fundamenta y respalda una nueva evangelización y cuya vivencia la hará capaz de romper con la dicotomía entre fe y vida, devolviéndole a la Iglesia su verdadero rostro. La tarea de la evangelización y el principio que la anima, sólo arrancará, encontrando de nuevo a Jesús y abrazando comunitariamente un estilo de vida igual al suyo, que, luego, por la fuerza testimonial de una vida coherente con la de Jesús y su estilo, logrará fascinar a otros, comunicándoles la misma vida recibida de él. Se trata de recobrar esa misma espiritualidad que vivieron aquellos discípulos de Galilea que, fascinados por Jesús, encontraron la vida en abundancia en el contacto con su persona, haciéndose misioneros de ese mismo amor y dando testimonio hasta la muerte, con su vida y sus obras, de esa vida en plenitud recibida del maestro.

En el mundo y en el Continente latinoamericano y caribeño de hoy, sólo se podrá entrar en la dinámica de ese anhelado resurgir misionero al que invita el proyecto de una nueva evangelización, -y la misión continental como su realización concreta y permanente-, si emprendemos juntos esa renovación espiritual que nos lleve hacia Jesús y su estilo de vida. Una Iglesia que se realiza de esta manera, a través de comunidades coherentes con el estilo de vida de su Maestro y Señor,

romperá la escandalosa incoherencia entre la fe y la vida y estará en capacidad de comunicar de manera realmente nueva el rostro limpio de ese Jesús que es capaz de transformar la vida de todo hombre y de todos los hombres. Sólo una Iglesia así, podrá hacer efectiva su misión y hacerse creíble en un mundo como el de hoy.

En una palabra, es, pues, esta espiritualidad discipular, de comunión, misionera y testimonial la que alimentará todo el proyecto de una nueva evangelización, pues las señales de estos tiempos nos muestran que no es posible seguir a Cristo si no nos hacemos sus discípulos; que no podemos ser discípulos si no es en comunidad; y que no llevaremos a cabo nuestro apostolado si no es con el testimonio de la propia vida y de las obras, tanto a nivel personal como comunitario.

Conclusión

Es responsabilidad de la Iglesia hacer que en cada época histórica Jesucristo sea encontrado, seguido, amado, adorado, anunciado y comunicado. Este es el mejor servicio -¡su servicio!- que ella tiene para ofrecer al mundo. Y, ciertamente, que la realización de este servicio debe ser siempre su tarea esencial, su dicha y su vocación. Por eso, le corresponderá a ella, por fidelidad al mandato de su Señor, realizar esa gestión de una manera siempre actualizada y nueva, si quiere que el mensaje que anuncia sea creíble a los ojos de los hombres de cada época y lugar.

Una evangelización que se dejara envejecer, perdería hondura y agarre histórico, desvirtuaría la capacidad del Evangelio de transformar a los hombres y echaría a perder la oferta de la vida plena en él contenida. Sería ésta una grave infidelidad de la Iglesia a la misión que le ha sido encomendada.

Como es ya manifiesto, y ella misma lo reconoce, en su trasegar histórico, la Iglesia ha terminado por dejar envejecer su tarea, realizándola, quizás, de maneras que ya hoy no son significativas a los ojos de nuestros contemporáneos. Y, es que, la evangelización se torna envejecida, y el contenido de su anuncio se hace superfluo, cuando alguno de los elementos que la configuran presenta algún desfase que la desvirtúe, bien sea en la experiencia misma de la fe que propone,



o en su manera de comprenderla, o en las estructuras a través de las cuales se realiza, o en el entusiasmo para proclamarla, o en los métodos a los que recurre, o en las expresiones y lenguajes de los que se vale para comunicarla, o en el clase de espiritualidad que la anima, o, también, por pretender realizar su misión de espaldas al mundo al cual se dirige. Fue, precisamente, la conciencia de este desfase lo que motivó la realización del Concilio Vaticano II.

Desde el Concilio, la Iglesia se ha visto llamada e impelida a renovarse tanto en su ser como en su misión. Ella ha sido convocada a convertirse, tocándolo todo y a todos, y desechando lo que en ella sea ya caduco e impida la transmisión de la fe. Ha sido este deseo de una radical renovación, propuesto por el Concilio, el que, acogido de una manera especial por las cuatro últimas conferencias del episcopado latinoamericano y caribeño, se ha ido plasmando en un nuevo dinamismo eclesial, en una nueva actitud y en un nuevo proyecto de acción pastoral, con alcances realmente “nuevos” y “novedosos”, que ha recibido el nombre de “nueva evangelización”.

Hemos visto que hay suficientes motivos históricos, pastorales, teológicos y espirituales que la reclaman, la exigen, la respaldan y la fundamentan. Este proyecto, en su carácter de “novedad”, no es de ninguna manera una moda pastoral ni mucho menos un tema, o un término englobante dentro del cual se pueden incluir toda clase de temáticas particulares o preocupaciones pastorales nuevas, por importantes que ellas puedan ser. El énfasis y la fuerza recaen sobre el adjetivo “nueva” con toda la intensidad que ello supone. En este sentido, no sería lícito adjudicar el título de nueva evangelización, como un calificativo que se antepone o se pospone, a cuanto temática pudiera ocurrirse en la acción pastoral. Proceder de tal manera, terminaría por desvirtuar el sentido de la misma. Sería seguir haciendo lo de siempre al amparo del epíteto “nueva evangelización”.

En todo esto, algo aparece con nítida claridad: en la eficaz puesta en marcha de este dinamismo eclesial, de esta nueva actitud y de este proyecto pastoral lo que realmente está en juego es la credibilidad de la Iglesia ante el mundo de hoy, y, en último término, la del mismo Evangelio que ella anuncia. En la medida que la evangelización adquiera ese carácter de “novedad” que siempre la debe acompañar, ella

seguirá manifestando de un modo radicalmente nuevo la “novedosa novedad” que la persona de Jesús implica para todo hombre que viene a este mundo. Una evangelización que tenga como horizonte permanente esta referencia, nunca envejecerá, siempre será nueva y siempre será creíble.